

# Bilbao, la Salzburgo del Atlántico

*Anton Zubikarai*

Crítico musical

“Bilbao, La Salzburgo del Atlántico” es un título que sugiere de alguna forma la efervescencia musical de la Villa en el último tercio del siglo XIX y primeras décadas del XX, que coinciden con la actividad en varios frentes culturales y sociales de don Emiliano de Arriaga.

La intervención de hoy contempla algunas facetas del Arriaga escritor costumbrista, del Arriaga músico, de su figura social y finaliza dando cuenta de la importancia que tuvo don Emniliano en la recuperación de la figura de Juan Crisóstomo de Arriaga, que se convirtió en un símbolo y acicate de muchas actividades, fundamentalmente musicales, que se emprenden en este período particularmente rico en realizaciones y que, sin duda, formó la base para el desenvolvimiento de la vida musical en todo el siglo XX, llegando su influjo hasta la hora presente.

## **Bilbo, Salzburgo atlantiarra**

“Bilbo, Salzburgo Atlantiarra” izenburuak, nolabait, hirian XIX. mendeko azken herenean eta XX. mendeko lehen hamarkadetan musikak izan zuen irakinaldia ekarzen digu gogora eta garai hartan, hain zuzen, jardun zuen gizarte eta kulturaren alor askotan Emiliano de Arriagak.

Jarduna Arriaga idazle kostunbrista, musikari eta gizarteko pertsona garrantzitsu gisa izandako zenbait alderdiri buruzkoa da eta amaitzeko Emilianok Juan Crisóstomo de Arriagaren figura zegokion lekura eramateko izan zuen garrantzia aipatzen da. Horrela bada, ekimen anitzeko garai hartako ikur eta eragingarri bihurtu zen Juan Crisóstomo eta, batez ere, musika arloko ekimenetan. Izan ere, eragin hori orduantxe hasi eta XX. mende guztian oinarri sendoa izan ondoren gaurdaino heldu da.

## **Bilbao, the Salzburg of the Atlantic**

“Bilbao, the Salzburg of the Atlantic” is a title that in some way suggests the musical vitality of the Township in the final third of the XIX century and the first decades of the XX century, which coincided with the activities of don Emiliano de Arriaga on various cultural and social fronts.

Today’s talk considers some facets of Arriaga as a writer of manners, of Arriaga the musician, of Arriaga as a social figure, and ends by explaining the important role played by don Emiliano in the recovery of the figure of Juan Crisóstomo de Arriaga, who became a symbol and incentive for many, basically musical, activities that were undertaken in this period. This was a period that was particularly rich in realisations and one that, without doubt, formed the basis for the development of musical life throughout the XX century, with its influence reaching to the present.

Sorprenderá tal vez a algunos el titular «Bilbao, la Salzburgo del Atlántico» que ostenta esta breve intervención final del symposium «Los Bilbao Soñados». No es de mi invención, pero creo que ilustra y resume -como es función de todo título- el ambiente sociocultural, nada encogido en muchos aspectos, que envolvió el paso público de don Emiliano de Arriaga, cuyo recuerdo debo reavivar en estos minutos.

Hasta el virtual anacronismo de la cabecera elegida nos sirve en esta ocasión, porque si bien es cierto que el eco de sus famosos festivales ha expandido la imagen de la ciudad austríaca con posterioridad a la vida de don Emiliano de Arriaga, los salzburgueses (o salisburgueses) argumentan que los hallazgos prehistóricos en su «Felsentheater» (el teatro de las rocas) de Hellbrunn inducen a suponer que en la primera mitad del último milenio antes de Cristo se celebraban en aquel recinto fiestas y espectáculos religiosos; es decir, que había ya festivales de Salzburgo en la época de Hallstatt. Claro que es de Salzburgo, pero no sería poca bilbainada semejante afirmación aquí.

Y aún toparemos con algún que otro paralelismo más. Pero, antes, conviene hacer un poco de memoria sobre don Emiliano de Arriaga.

Fue don Emiliano escritor, músico y personaje público, y en calidad de tal presidió importantes iniciativas culturales y sociales de su tiempo. Pero, ante todo, lo que con mayor fuerza evoca su figura (y así lo veían sus propios contemporáneos) es su bilbainismo, la condición de «bilbaino neto», por utilizar su propia expresión. En suma, era Emiliano de Arriaga el alcaloide del bilbaino profeso, con todas sus luces y también con algunos espacios en sombra.

La actividad literaria de este hombre, nacido en Artecalle el 4 de febrero de 1844 (es decir, veinte años antes que Unamuno), se inicia en agosto de 1878, en que empieza a colaborar en el periódico *Irurac Bat*, con una serie de cartas que tituló “Brisas Postales”, enviadas desde Portugalete, lugar de veraneo en la época. Es también éste el año en que, formando parte de la corporación municipal, presenta una moción (20 de mayo de 1878) pidiendo perpetuar la memoria de la célebre torre de Zubialdea que, situada en el ángulo de Artecalle y la Plaza Vieja, se había demolido pocos años antes. Nicolás de Viar, amigo y panegirista de Emiliano de Arriaga, ve en estos dos actos las primeras pruebas públicas del acendrado bilbainismo de su amigo. (Por cierto, que las “Brisas Postales” las publicaba don Emiliano bajo el pseudónimo de *Pepe Biar*. Lo de Pepe, por su segundo nombre: José. Y lo de Biar, como anagrama de las iniciales de sus cuatro apellidos: Arriaga, Ribero, Villabaso e Ibarra. Y también, pudiera ser, por confundir a su amigo.)

Fue nuestro literato cambiando de psuedónimos. Nicolás de Viar indica que colaboró luego en *El Porvenir Vasco* bajo los nombres de *Scipion*, *Manuchori* y *J.E. de Biar*. Finalmente adoptó el de *Un Chimbo*, con el que aparecerán las dos series de “Vuelos Cortos” (publicados en el suplemento literario de *El Nervión*, entre 1893 y 1895), su “Lexicón Bilbaino”, sus “Chiplis-Chaplas”,

su novela “La Pastelería” y sus “Revoladas”. A partir de 1914, en que comienza a colaborar en el periódico *La Tarde*, utiliza ya su propio nombre.

Aparte algunos escritos sobre música, la pluma de don Emiliano dibujó usos y costumbres contemporáneas y de su pasado inmediato. ¿Qué dimensión confería Arriaga a este su quehacer costumbrista? Tal vez ilustre más que cualquier otra explicación algún párrafo del Preludio que antepuso a su edición de “Vuelos Cortos”: «¿No pudiera intentar, emprender y realizar una serie de voladas, casi *instantáneas*, cuya impresión, reproducida sin gran fatiga ni mayor trabajo, me proporcionase al par que el solaz de los recuerdos íntimos, la satisfacción que debe experimentarse al transmitir a sus congéneres, aquellos ecos latentes? ... Y contar -ya que no me es dado cantar- los casos y las cosas más salientes, mencionando los hombres y las hembras más notables, y presentando la silueta de los tipos y costumbres que se hayan registrado en los anales más populares de la ex-tacita de plata, desde que soy Chimbo, por la gracia de Dios y la constitución más sana, o sea, desde mediada la presente centuria hasta los días que corremos, digo, que volamos».

### **El aprecio de Unamuno**

Aquel microcosmos arriagueño y bilbaino poblado de *selebridades* como *Pescuesito*, *Pitolerdo*, *Anachu* y *Fracagorri*; de cuentos y cuentas de las chicas de servir, de la nostalgia por las costumbres ya en declive, de las ingenuas aventuras de héroes de breve y localísima singladura era el mundo que amaba, o quizá soñaba, Emiliano de Arriaga. Posiblemente, todo esto no tuviera un valor de cambio universal, era más bien moneda de circulación restringida, pero era una llamada a la conciencia de todo bilbaino que se sintiera tal. Aunque éste no tuviera en mayor estima la labor como literato de su autor.

Pudiera ser éste el caso de don Miguel de Unamuno, tal vez, ya que los diversos testimonios del autor del rector de Salamanca sobre su paisano don Emiliano parece establecerse a tres niveles distintos. En un plano general, puede afirmarse que no es Arriaga para el autor de «El sentimiento trágico de la vida» autor de primer orden en lo literario. Tal puede deducirse de algunos gestos. Así, en la amarga carta que don Miguel escribe a Leopoldo Alas «Clarín» desde Salamanca, en 1900, se queja al novelista y crítico astur del despego mostrado hacia sus «Tres ensayos» (recientes) e incluso de que su «Paz en la guerra» no hubiera merecido antes los honores de la crítica clariniana. Y une en este reproche otros nombres, como los de Arzadun, Campion... en la comitiva vasca de creadores importantes que no habían llamado la atención de «Clarín». Sabemos por otros escritos que también apreciaba en lo literario a otros autores vascos de poco eco exterior, como Goizueta o Iturribarria. Nada se diga ya de un Trueba o de Navarro Villoslada, de mayor resonancia general. No figura Emiliano de Arriaga entre esos escritores que apreció Unamuno en cuanto tales.

Pero hay otros niveles de aprecio en los que sí se vuelva Unamuno en su relación con Arriaga. Es bien conocido de todos el elogio que en su libro «De mi País» hace del “Lexicón”, de don Emiliano, al que sólo le achaca su excesiva tendencia a hacer derivar los términos bilbainos del euskera, un escoramiento peligroso, según él. Y hablando del “Lexicón”, debe añadirse a este elogio unamuniano el de Luis Michelena, poco dado al incienso gratuito, que figura en el prólogo de la segunda edición (Minotauro, 1960), donde rememora la alta la estima que por ella manifestaba Unamuno y corrige el juicio del rector de Salamanca sobre el exceso de derivación euskérica. Pero volvamos al testimonio de aquel don Miguel que con los ojos hundidos en las páginas del “Lexicón” lamenta su ciudad perdida: «Cuando más prospera y crece mi pueblo menos me atrae, porque tanto más deslustrado es el retrato que de él yace prendido en el cristal de mi espíritu. Es hoy la casa de todos, enhorabuena; así debe ser... pero ¡ah! ¡ah! ¡los tiempos en que era *nuestra* casa, la de la familia que poco más que por muertes y nacimientos se renovaba!».

«Los libros de Emiliano de Arriaga que guardo en mi librería doméstica están consagrados», dice asimismo Unamuno en el Prólogo de “Nuevas Revolucionadas”. «En los márgenes de sus hojas -añade- queda la leve señal de los dedos temblorosos de mi santa madre. Ella protegió muchos años de mi inocencia. Y para recoger lo que aún me queda vuelvo de vez en cuando a estos recuerdos inocentes de nuestra honrada poesía bilbaina».

Y aún es posible entrever otro estrato distinto de apreciación: no era sólo la membrana del costumbrismo la que vibraba en la relación de Unamuno con Arriaga. Puede ser que para algunos de los presentes sea menos conocida, y reveladora de nuevos ángulos estimativos, la cita que entresaco de un artículo de Jon Bilbao, publicado en Buenos Aires (1956) y titulado «Archivo epistolar: tres cartas de Unamuno sobre el habla de Bilbao y los “maquetos” de Vizcaya», que reproduce una carta escrita por Unamuno a don Emiliano el 31 de diciembre de 1897, es decir, un año antes de la publicación de «Paz en la guerra»:

«Si supiera usted -dice en ella don Miguel- cuánto me tienta la idea de hacer una historia de Bilbao; pero una historia moderna, no un repertorio de sucesos (como la de Labayru), sino un cuadro del desenvolvimiento orgánico de la Villa, visto a la luz de doctrinas sociológicas y económicas. Es un caso típico del desarrollo de una villa mercantil y de su semiconversión en industrial. El largo pleito de Bilbao con el Señorío está lleno de enseñanzas. Nada se ha hecho en tal sentido y todo lo moderno es muy inferior a aquel “Memorial elevado al Supremo por las comunidades unidas” (Villa de Bilbao, Consulado y Cuerpo de Propietarios), que figura como apéndice 2º de “La Zamacolada” de Villabaso».

Unamuno no llegó a escribir esta historia, aunque en su «Paz en la guerra» se pueden rastrear, a través de los distintos personajes, los conceptos del autor

sobre el magma histórico que empareja novela y realidad objetiva. Hubiera sido un magnífico regalo para Bilbao que el inventor y sostenedor de la «intrahistoria» hubiera confeccionado, con sus propias hechuras, una historia de la Villa.

### **Emiliano, el músico**

Nos hemos referido a la condición de músico de Emiliano de Arriaga. Hagamos en breve repaso de su labor compositora. Es autor de una Misa para coros con acompañamiento de bajón, de una reconversión de la popular «La romanesca» para cuarteto, de una Marcha compuesta para un concurso abierto por el Gobierno español cuando la “Gloriosa” -cuyo premio quedó desierto- y de dos suites bandísticas: “Chimberiana” y “Bilbainescas”. Estas dos obras, estrenadas ya hacia el final de su vida, constituyen el corpus más extenso y apreciable de su producción. La primera fue ejecutada por primera vez en abril de 1918, por la Banda Municipal. Dos años más tarde se estrenarían las “Bilbainescas”, en 1920. La muerte había sorprendido al autor en agosto de 1919, en Zuazo, a donde se había retirado a corregir precisamente las pruebas de “Bilbainescas”. Puede decirse que gozó don Emiliano en vida y entre sus allegados más fama como compositor de lo que la parquedad y “vuelo corto” aunque airoso de su música pudiera pretender.

Pero, en buena parte, tanto su labor literaria como su vida social están vinculadas a su condición de músico. No sólo en aquellas obras, como “La Pastelería”, que tiene como fondo el ambiente en que aleteó la segunda Sociedad Filarmónica de Bilbao, justo en la década de los 50 decimonónicos, sino que en muchos de sus artículos periodísticos y colecciones de relatos la presencia del ejercicio musical en Bilbao es casi insoslayable. En tal sentido, el venero informativo de Emiliano de Arriaga es casi inagotable y no pocas de las historias de la música de la Villa en el XIX se han nutrido de la recolecta de datos esparcidos por aquél en sus escritos. Y se han seguido reproduciendo juicios y datos al menos discutibles, porque la verdad es que el incontenible entusiasmo del autor y su fervor por la Villa hermozeaban y estilizaban no pocos acontecimientos.

### **La «vuelta» de Juan Crisóstomo**

Dentro de este quehacer en torno a lo musical debe ponerse especial acento en su labor de la recuperación de la figura de Juan Crisóstomo de Arriaga, tío abuelo de Emiliano. Fue éste su primer biógrafo, afortunado o no, y el primero en señalar (con el durangués Eustaquio de Uriarte, agustino en El Escorial que acuñó para Juan Crisóstomo el desafortunado epíteto de “el Mozart español”), ciertas afinidades entre el genio de Salzburgo y el de Bilbao. Hasta llegó a crearse una especie de ritual de analogías, identidades y coincidencias entre ambos músicos, que luego han sido repetidas sin cuento ni cabeza:

el hecho de que los dos nacieran el mismo día (27 de enero de 1756 y 27 de enero de 1806, con medio siglo justo de diferencia; el que ambos escribieran su primera ópera a los catorce años (lo que no es verdad, por otra parte, en el caso de Mozart); que los dos hicieran versos sin ser poetas; que ambos finalizaran jóvenes y por enfermedad y que sus cuerpos fueran enterrados en la fosa común...

El juego de paralelismos alcanzó hasta al propio Teatro Arriaga, en el que aún pueden verse los medallones de los dos músicos, sobre el escenario, emparejados y precedidos del nombre Juan Crisóstomo, que en el caso de Mozart también son sus primeros nombres, pero no los habituales ni en vida ni posteriormente.

Pero en ningún caso debe olvidarse que Emiliano de Arriaga es el autor de la «vuelta» de su pariente Juan Crisóstomo, no sólo por mor de sus escritos, sino también por las actividades que impulsó, particularmente en la difusión de los Tres Cuarteros que hizo conocer también en Madrid. En cuanto a la biografía del malogrado músico, don Emiliano adelantó algunos datos, y no del todo ciertos en ocasiones. Su hijo José de Arriaga e Igartua fue quien con el libro “Los esclavos felices”, publicado en 1935, puso las bases de una biografía coherente, en la que aún quedan, como para el conocimiento total de la obra musical de Juan Crisóstomo, muchas lagunas por cubrir. Dicho sea esto a pesar del reciente trabajo publicado por Ramón Rodamiláns, que es lo último que ha salido a la luz, pero en el que el autor confiesa su objetivo de búsqueda y aproximación.

Volviendo a aquella indagación de Emiliano de Arriaga sobre su antepasado, es preciso decir que las pesquisas del escritor dieron como frutos cumplidas noticias en varios números de la Revista de Vizcaya, en el año 1886, que suscitaron una enérgica contestación por parte de doña Valentina de Arriaga, sobrina de Juan Crisóstomo. La familiar de don Emiliano responde a algunas afirmaciones de éste (muchas de ellas constituyen errores de bulto, como la de que la madre del músico estaba presente en la partida de éste a Paris, cuando en realidad había muerto hacía ya cuatro años, como corrige Valentina) y, sobre todo, lanza contra el sobrino la acusación de querer erigirse en único albacea y detentador de la herencia artística del compositor debido, dice, a la posición social que disfrutaba Emiliano a la sazón.

Y es cierto que don Emiliano de Arriaga figuraba en los primeros puestos, en muchas realizaciones. Prescindiendo aquí de sus cargos en asociaciones políticas como la de los Euskalerriacos o de los sociales como su pertenencia a la corporación municipal o a la Sociedad Bilbaina, recordemos que fue el primer presidente de la actual Sociedad Filarmónica de Bilbao, en su constitución en febrero de 1896; y primer presidente de la Academia de Música, dirigida por Enrique de Diego y nacida en 1877 (que luego se convertiría en Academia Vizcaina de Música, para transformarse finalmente en el actual Conser-

vatorio). Además de todo esto, vivió muy de cerca las actividades del Cuartito y las de los “apóstoles” (Arisqueta, Gortázar y Alaña), así como de prácticamente todas las iniciativas musicales de la Villa.

Sea como fuere, la pasión protagonista, y de protagonista “único” en el caso de la manipulación del legado de Juan Crisóstomo, parece ser el talón de Aquiles de nuestro hombre. Tal vez se sintió, además de legítimo heredero (aunque su tía no opinara lo mismo) el único capacitado para ello, o tal vez lo tomó como deber. No estará de más recordar que tampoco en su “Lexicón” figura el nombre de quien o de quienes asesoraron al autor en materia tan fundamental como el euskera, que él conocía muy someramente, al parecer. Ni en la bella impresión de su libreto de “Lekobide”, ópera destinada a ser musicada por Andrés de Isasi, figura el nombre del autor de la versión al euskera, que aparece junto al texto castellano de Emiliano de Arriaga y, por añadidura, era el que debía ser interpretado por los cantantes. Valga el inciso por cuanto pudiera aportar algunas claves sobre el aspectos sombríos del comportamiento, por otra parte encomiable, de don Emiliano en el asunto de la resurrección de su antepasado.

El descubrimiento de algunas partituras fundamentales de Juan Crisóstomo de Arriaga y su primer esbozo biográfico fueron la guinda de una efervescente vida musical en Bilbao, que en el último tercio del siglo XIX y comienzos del XX ve nacer una serie de sociedades y organismos que sentarían las bases de nuestro presente. A la conquista de cotas materiales de relieve se le emparejó entonces una actividad artística de altura. En el campo de la música, la recuperación arriagueña venía a convertir a Bilbao en émula de Salzburgo con su Mozart. En tal escenario, don Emiliano fue autor y actor. Como al final de las viejas comedias, pues, habrá que disculparle algunas faltas y reconocerle el mérito.